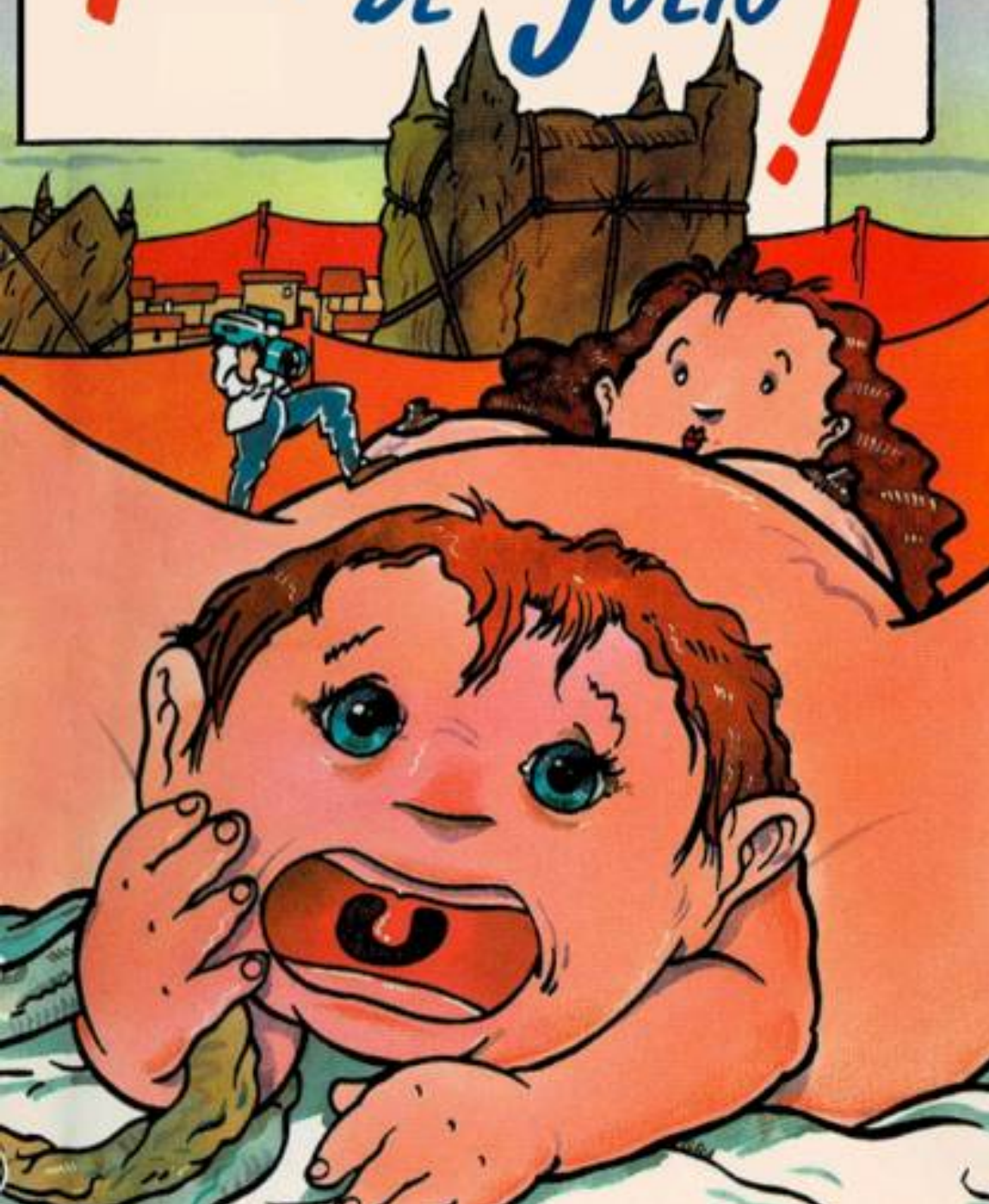


ANGEL PALOMINO

¡QUIERO UN HIJO DE JULIO!



El sosiego de la milenaria Toledo se ve repentinamente trastornado por dos acontecimientos inauditos:

Christo, el polémico artista, pretende envolver en plástico el Alcázar; a la vez, Chancha Saldaña, joven viuda, quiere tener un hijo de su difunto marido...

El choque genera tensiones, situaciones insólitas y el humor surge por sí solo en esta novela sorprendente.

PRÓLOGO

Hay novelistas —meritorios, por cierto— que reflejan en sus novelas el mundo que tienen alrededor. Ángel Palomino inventa el mundo cada vez, y si lo nombra con nombres que ya existen es sólo para hacerlo más creíble. La capacidad de invención de este fabulador que es Palomino le ha permitido esta vez secuestrar a un personaje que vive por ahí en carne y hueso —ese Cristo que empaqueta monumentos, catedrales y paisajes—, y volverlo a inventar, lo cual es el colmo de la imaginación.

Claro está que la Ciencia, la Política, la Moral, el Amor y la Geografía son materiales de los que Palomino extrae tipos y fabulaciones. Pero si estas materias no existieran, Palomino sería capaz de inventarlas, como ha inventado Zamora, Toledo, Madrid, Torremolinos y Japón, necesitado como estaba de nombrar de alguna manera los escenarios para sus personajes.

No hay que decir, por sabido, que todos los autores de novelas —maquinadores de historias— inventan —aproximadamente— a los protagonistas con sus biografías correspondientes. Pero casi todos ellos, incluidos los más ilustres y prolíficos, se mueven en ambientes y mundos limitados por su capacidad o sus preferencias —incluso por su estilo—. No hay rayas ni linderos que restrinjan las posibilidades de invención de Palomino. Con la misma desenvoltura escribe una historia de ambiente rural, una aventura interga-

láctica, una peripecia científica, una página lírica, una crónica social o un romance gitano. Y siempre hace creíble lo que cuenta.

Y además divertido.

Qué tío.

MINGOTE

EL MILENIO QUE VIENE

Quiero un hijo de Julio es una novela milenarista, aunque no pensaba en ello cuando empecé a escribirla. El milenarismo es una superstición activa, un motor histórico y económico. La gente se pone a hacer cosas para el milenio que viene. Los días y los años se suceden sin solución de continuidad pero el mundo está viviendo ahora en constante referencia al año 2000, como si se avecinase una ruptura y entre diciembre de 1999 y enero del 2000 fuese a ocurrir algo de enorme importancia.

En la novela, dos acontecimientos, uno artístico y otro científico, van a producirse en Toledo, ciudad aparentemente muy condicionada por su pasado histórico. El siglo XXI penetra en la ciudad y mueve a sus gentes con sucesos —arte deshumanizado y biogenética deshumanizada— que empezaron a desarrollarse en los principios del siglo XX.

Que las vanguardias científicas o artísticas se disparen de pronto en París o New York es algo que, localmente, no se advierte, no altera la vida de la ciudad; surge un movimiento artístico o una técnica quirúrgica en París, y antes que los niños de las escuelas francesas, y los comerciantes y las amas de casa y los gendarmes rurales, lo sabrán los especialistas de Lisboa, Moscú, Sevilla, Seúl o Sao Paulo.

En ciudades como Toledo —y lo mismo sucedería en Cáceres, Zamora, Burgos— el acontecimiento afecta con

mayor intensidad al vecindario; casi nadie se siente ajeno al suceso. Esto es lo que he tratado de descubrir en la novela, cómo reaccionaría una ciudad histórica, tradicional, más bien severa de costumbres, ante dos acontecimientos, uno que afecta a la ciudad entera, el otro íntimo, personal, pero ambos de la máxima modernidad.

Christo, el mundialmente famoso creador de gigantescas, efímeras y polémicas creaciones artísticas disparatadas, se propone envolver los monumentos más importantes y transformar el majestuoso e inconfundible perfil de la ciudad en un horizonte de fardos gigantescos. Simultáneamente, una viuda desea concebir un hijo legítimo de su difunto esposo, mediante inseminación artificial de espermatozoides congelados.

La novela es eso. Los dos acontecimientos se entrecruzan y en algún momento se funden.

Yo no sabía cómo iba a discurrir la trama ni cuál sería el resultado de este encuentro de una ciudad en la que aún están muy presentes Carlos V, el Greco, Cervantes, Cisneros, Isabel y Fernando, el Imperio, la Catedral Primada, la Custodia de Arfe, el Alcázar, y la pintura y la literatura de nuestros mejores momentos históricos, con uno de los artistas más deshumanizados y escandalizadores de este tiempo, y con un acontecimiento científico-ginecológico que se presta mucho a la referencia sexual y a la broma erótica. La novela ha seguido el curso que han querido sus personajes. Me lo he tenido que inventar todo, pero creo que si se presentara la ocasión, los hechos se producirían más o menos como yo los he imaginado. Por eso elegí Toledo, no sólo por sus excepcionales circunstancias históricas y artísticas, sino porque la conozco, es mi ciudad, la de mi familia y mis amigos, puedo imaginar qué ocurriría allí si llegase Christo con sus maquetas y sus bocetos.

Es una novela en la que, como siempre, trato de hacer humor y literatura. De tener algún antecedente estará en *Zamora y Gomorra* por el ambiente y el escenario. Es críti-

ca, como todas las mías, pero sin ánimo de irritar, sin buenos o malos.

He trabajado en ella casi cuatro años. Desde que en la revista norteamericana *Facetas* vi un reportaje sobre Cristo, entonces apenas conocido fuera de Estados Unidos. La idea surgió inmediatamente: un fulano que había convencido a los tejanos para hacer una valla de tela en el desierto, ¿cómo sería recibido en Brujas, en Lucca, en Narbonne? Pero, claro, yo tenía que llevarle a Toledo, es un acto de amor, un *detalle fino* de hijo bien nacido: se lo debía a mi ciudad natal.

La afortunada circunstancia de que esta edición vaya dirigida a mis lectores del Círculo —amigos ya a través de obras anteriores— me proporciona la satisfacción de ponerles al día en el conocimiento de dos episodios —uno artístico y otro científico— muy representativos de este fenómeno que es para unos la Modernidad, para otros lo Posmoderno y para los cascarrabias de siempre, el fin del mundo.

ÁNGEL PALOMINO
Mayo de 1987.

Meses después de quedar viuda, Chancha Saldaña decidió concebir un hijo póstumo y legítimo. Un hijo de su marido, el difunto Julio González.

—Sé que voy a tener complicaciones con la familia.

—Y con la ciudad entera —opinó Amancio Tejada.

—¿Qué dices?

—Digo, que a Toledo no le caen bien esas ocurrencias.

—Estoy harta de los hijos de Julio.

—Tus hijastros.

—Son dos imbéciles.

—Mejor hubiese sido no dejar a Emilio llevarse el Espasa, eso es lo que te tiene de mal humor.

—Me pilló en la hora tonta y se aprovechó, pero lo va a pagar caro, tomo por tomo, acuérdate de lo que te digo.

Contra lo que opinaba Amancio Tejada, la *ocurrencia* de Chancha se producía en momento muy apropiado para una acogida favorable y hasta popular. La ciudad vivía un inquieto período de expectante curiosidad y criterios divididos ante las fantasías de un búlgaro llamado Christo. Alguien dijo que en el *Proyecto Christo* y con el proyectado hijo más que póstumo de Julio González, Toledo entraría brillantemente en la posmodernidad.

Con el aire suben mezclados —si es que pueden mezclarse— el olor a pescado frito y el petardeo de un motocarro en fatigosa refriega con el arranque de la calle, que es empinada al principio, a lo largo de la casa antigua, bla-

sonada. Luego la pendiente se suaviza, hasta casi allanarse, hacia los niveles urbanos de Zocodover.

Ruido y humazo, si no se mezclan, se suman en la mortificación que ya se ha hecho hábito. La tufarada embiste insolente a las diez treinta de la mañana y concede una pausa al vecindario en las primeras horas de la tarde. El ruido es más tenaz, no hay pausa en la bronca agresión del motor apurado, contenido, coches, motos, furgonetas con la palanca clavada en la primera velocidad. Incansable y bravucón, el estruendo se mantiene vivo, día y noche, con intermitencias de silencio y sobresalto en la madrugada.

El portal de la casa número 2 es amplio, alicatado con azulejería de inspiración árabe. Lo ilumina un farol de hierro y cristal emplomado, con el escudo de Toledo en la cara que da a la calle. Unos metros antes del portal, en la cuesta, se abre la entrada, que en otros tiempos fue ventana, de un local semisubterráneo, La Andaluza - Freiduría. La puerta es de madera liviana, encristalada en la mitad superior, que el dueño del negocio, Paco Fraguas, utiliza para informar de lo que se fríe en la casa. Mensajes publicitarios breves, escritos al revés en la cara interior de los cristales: *Pulpitos muy RICOS, Gambas con GABARDINA, Calamares SALVAVIDAS, Patatas CHIST, Boquerones de la MAR, Soldaditos de PAVÍA, ¡3 Croquetas de SUSPENSE, 30 Ptas!* Las croquetas de *Suspense* —así llamadas porque nunca se sabe de qué están hechas, Paco Fraguas admite apuestas— tienen mucho éxito, son baratas, grandes y misteriosas, pican un poco y queman, levantan ampollas en la boca si uno se descuida.

—Así no hay manera de saber de qué son, Paco.

—De ave, hoy son de ave, sóplalas y verás qué cosa más fina.

Sobre la puerta encristalada hay un montante que fue también de cristal. Hoy es de zinc y está alevosamente perforado por la injuria gris, la chimenea de uralita que sale por un ángulo de la sobrepuerta, envilece la fachada para-

sitándola, se agarra a ella con cuatro abrazaderas de hierro que han dejado en la piedra chorreones rojizos de orín, y, medio metro por encima del alero, se corona con un capuchón de chapa roída por la intemperie.

El obsceno tubo gris fue la respuesta de Paco Fraguas a las quejas de los vecinos. En aquel tiempo, cuando abrió el negocio empezaron las quejas, Fraguas se movió hábil y cautelosamente hasta conseguir el permiso: *Se autoriza obra para instalación de salida de humos*. Era concejal y resolvió el papeleo, personalmente, en un par de horas. Realizó la obra en agosto, aprovechando un fin de semana en el que Toledo quedó deshabitado de vecinos y superpoblado de turistas que tuvieron ocasión de presenciar la monumental herejía y aun de fotografiarla, trofeo de safari turístico, junto a la foto del burro botijero, de la gitana descalza o del mendigo con su pata de palo. Sin dejarse adormecer por la galbana canicular, trepó hacia lo alto la chimenea cubriendo de ignominia un excelente ejemplar de la arquitectura del siglo XVII, pero no impidió que el tufo de aceite continuase habitando la calle.

Chancha se acaba de poner el vestido y aún anda descalza. Frente al espejo se ahueca el pelo, que todo quede en su sitio, pero sin exagerar. Chancha sólo va a la peluquería cuando le apetece un rato de tertulia; su pelo se peina solo. Endereza la espalda, se contempla de perfil en el espejo, eleva el busto y se afloja un poco el ocioso sujetador, lo usa por no contrariar a Julio, que se lo pidió cuando volvían del viaje de novios, el último día, en Madrid. Regresaban de Italia, con Venecia en los ojos y en los oídos aún, paseaban sin rumbo, últimas compras, ¿te das cuenta, Chancha?, no nos hemos acordado de la familia ni de los amigos. Buscaban algo que pareciese comprado en Italia, corbatas, bisutería, oye, mira, torres de Pisa en la Gran Vía, compra cuatro o cinco. Julio se detuvo ante el escaparate de una tienda antigua. En el centro, un tronco femenino, plantado como real hembra, capitaneaba un desfile surrea-

lista, dos filas de piernas perfectas, medias negras, rosa, blancas, azules, humo, gasa, y, encima de las piernas, una fila de bustos, sólo el busto, cinco pares, con un muestrario de petos amplios, de mucha cobertura, como aparejos, y de brevísimos capelines, sólo encaje, más adorno que soporte.

Julio se detuvo ante la estatua de plástico, venus de corsetería antigua para faja y sostén.

—Uno de éstos deberías comprarte.

Y Chancha compró media docena, qué hacer, así son las cosas, que no pase malos ratos cuando me miran, se enamoró de mí por eso, bueno, ya sé que no fue por eso, pero fue eso lo primero que le llamó la atención, que nunca usé este tinglado.

A Chancha no le molestó, se había casado enamorada, sí, aunque nadie, pero nadie, lo creía, y la familia menos. Es que era increíble, y Chancha sabía que tenían razón y que, por eso mismo, debería aceptar algún cambio en sus hábitos y en sus maneras, no para que la gente acabara convenciendo de que aquello era amor y no ganas de hacerse la original, sino para evitar a su marido más quebraderos de cabeza, como si no fuesen bastantes los que le iba a dar una boda tan disparatada.

Desde el cuarto de baño oye a Julio que protesta en voz alta para que lo oigan en la calle. No soportó en silencio la primera bofetada, a las diez y media en punto de la mañana, pero su protesta se hace más enérgica cuando, a las seis de la tarde, en la gran freidora de Paco Fraguas caen las primeras víctimas vespertinas.

—¡Ya empezó el holocausto!

El humo en fuga busca rendijas por toda la freiduría, intersticios de puertas, juntas de chimenea, y descalabra al vecindario con la embestida de la fritanga.

—Y pensar que hace unos años este pestazo me despertaba el apetito.

Su despacho huele a piel, madera curada, tabaco, libros usados y *floïd*; es un olor apenas perceptible ya que él —lo huele Chancha, lo advierten las visitas—, tan habituado a su propia atmósfera que no la siente como no sentimos el aire, que a los peces seguramente les huele y, a lo mejor, bien. La agresión se adueña del ambiente, sólo huele a frito y, en los primeros momentos, los agredidos piensan únicamente en eso, ya está ahí, ya empezó. Después se adormece el olfato, acepta la pesadumbre, ya no es bofetada sino mortificación, como un dolorcillo reumático.

Cuando desaparece de verdad, todo lo que arrasó renace y se hace más evidente la propia atmósfera casi olvidada. Algunas noches, tarde ya, cuando Julio entra en su despacho, se siente envuelto en aquel aire antiguo y familiar que emana de su propio cuerpo, de la loción capilar, el Espasa, la caja de habanos, la cera y el pebetero en el que, de tarde en tarde, quema una varita de sándalo. Es un consuelo.

Pero a las seis de la tarde no hay sándalo ni *floïd* ni cera que valga.

—Es como vivir cerca de un campo de exterminio con los hornos crematorios funcionando puntualmente a sus horas. Una hecatombe de boquerones y calamares debajo de las narices: ¡ya empezó el holocausto!

Así lleva tres días, como si La Andaluza fuese novedad. Tanto tiempo molestando y nunca Julio se sintió, como ahora, desesperado y dolido. Hace dieciséis años firmó con varios vecinos un escrito de queja que, debidamente atendido por Paco Fraguas, dio origen a la monstruosa chimenea, «un gesto de buena voluntad y sin que la ley me obligue», ya que las autoridades consultadas declararon que «la industria situada en los bajos del inmueble no infringe la legislación sobre actividades molestas, insalubres o peligrosas».

Chancha sale del cuarto de baño, pasa por el vestidor, echa unos zapatos al suelo, se los calza a tientas y va al

salón.

Julio la ve llegar, y se le serena el ánimo, Chancha lo llena todo, acapara sus sentidos, ya no huele a fritos. Coge a su mujer por los hombros, sonrío y la besa en la punta de la nariz, ella le devuelve el beso que tiene algo de ofrenda, de sacrificio, pintarse otra vez los labios. Julio saca el pañuelo, se lo pasa por la boca y deja en él una huella de carmín que le recuerda los primeros besos furtivos, él temblando, ella divertida, *limpiate bien, que no te vean en casa la marca de la vampira*, sacaba, como ahora, la barra de carmín, se retocaba, tres trazos seguros y ese replegar los dos labios juntos hacia dentro. Después la sonrisa.

—Voy a casa de mi madre. ¿Irás a recogerme?

—Si me prometes no retenerme allí más de diez minutos, voy.

—Ni diez ni cinco, pásate por allí a las ocho y media, a esa hora mi madre está deseando que nos larguemos, lo único que le importa es la televisión. ¿Qué vas a hacer hasta entonces?

—Estudiar. Fue una buena idea lo de la Universidad a Distancia, tengo un montón de cosas atrasadas. Ahora es cuando voy a meterme en serio con la sociología.

Ahora sí. Ahora tiene tiempo. Lo malo es estar en casa cuando el Fraguas empieza sus dos holocaustos. Antes, a esas horas, Julio González Alameda estaba en su despacho de la Delegación de Agricultura, abogado y funcionario por oposición, treinta y ocho años al servicio del Estado. Hace cuatro días lo han jubilado.

—Adiós, estudiante.

Chancha tiene veinticuatro años. La misma edad que Maruja, la otra mujer en la vida de Julio, su hija.

Son dos hijos, Maruja y un varón que se llama Emilio. Emilio González Arce, cuatro años mayor que Maruja, es el alcalde de Toledo.

Emilio José González Arce lee, una vez más, la carta del ministerio.

—*Por razones evidentes de prestigio para esa ciudad y para España, ¡qué cara!*

Abre el cajón, el más bajo a mano derecha. Siempre que lo hace piensa lo mismo: si la gente supiese lo que el alcalde guarda en este cajón cerrado con llave, chistes iban a hacer, qué risa, el cajón de los grandes secretos.

Saca tres galletas humildes, tres *marías* corrientes, y se las come despacio, una a una, después de cerrar cuidadosamente el cajón, ya está, escondido mi secreto, el paquete de galletas, el cuaderno de poemas inéditos, la carta de mi padre. Cuando ordené poner esta cerradura debieron pensar que aquí guardaría los grandes proyectos.

La carta de su padre la guarda en ese cajón, con las galletas, los versos y una novela policíaca barata que estaba leyendo cuando lo nombraron alcalde, y la llevó, con algunas cosas más de su despachito de profesor de la universidad, al histórico despacho del palacio municipal.

Conoce aquel despacho desde niño, nunca se sintió impresionado por su arquitectura solemne; es toledano, nacido en un *ecosistema* de monumentos históricos, bautizado en la capilla de San Pedro, en la catedral, jugaba, de niño, en la plaza del Ayuntamiento, cazó lagartijas en las junturas de aquellos sillares berroqueños labrados hace más de cuatro siglos. El despacho forma parte de todo lo que le es familiar, algo que se puede encontrar en cualquier dependencia oficial, en la oficina donde venden las pólizas, en la salita conventual donde recibe la monja que llegó de Paraguay con recuerdos de la prima que se fue a las misiones. Emilio estuvo allí siendo alcalde don Ramón Salvatierra, en 1958; a los doce años entró en él por primera vez, con el director del colegio, unos profesores y sus compañeros del equipo, para ofrecer a la ciudad la medalla de bronce ganada en el Campeonato Nacional de Natación, categoría alevines. Y el alcalde don Salustiano Contreras, en 1963, le

entregó allí mismo mil pesetas y un diploma, y otros sobres y otros diplomas a los ganadores del concurso «La ciudad, cómo es y cómo deseo que sea». A otros alcaldes visitó posteriormente en aquel despacho al que cualquier toledano entraba sin darle importancia; tan sin darle importancia como a su propia casa, con la fachada de granito, la puerta blasonada y el odiado tubo de uralita, y la palomilla de la que pende el cartelón de hierro iluminado, la silueta de una bailaora, LA ANDALUZA, para que ni de noche ni de día haya dudas. Viejo casón y noble arquitectura; en el segundo piso, donde aún habitan su padre y Chancha, nació Emilio González Arce y vivió hasta los veinticinco años. En él murió su madre y allí, ayudado por Maruja, su hermana, se enfundó el chaqué alquilado para unirse en matrimonio con Belén.

El día en que lo eligieron alcalde llegó hasta la puerta del despacho rodeado de compañeros de candidatura, funcionarios, fotógrafos y periodistas. Emilio cogió por un brazo a Marcelino Roces, jefe de la secretaría, cuando iba a abrir la puerta.

—Un momento, no abras. Voy a entrar solo y salgo en seguida.

Entró, cerró tras sí la puerta, se apoyó en ella y miró al fondo, después a la mesa, al sillón de alto respaldo.

—¡Dios, aquí han estado, aquí, entre estas paredes, Alfonso VIII, Eva Perón, Amadeo de Saboya, Pío XII antes de ser Papa, Tyrone Power, Fernando el Santo, Pedro el Cruel, Eduardo Dato, Cisneros! —*exageraba: el edificio actual es del siglo XV y del XVI*—. Y aquí, el día 7 de agosto de 1976, le hice una pedorreta al pobre don Paco Romero, que estaba deseando dejar el cargo y tuvo que aguantarnos cuando vinimos a pedirle la dimisión porque el Ministerio de Obras Públicas quería regalarnos un puente que amenazaba cargarse el paisaje.

Se acercó despacio a la pared y besó la piedra como desagravio por aquella pedorreta que, probablemente, na-